

El natalicio del Libertador: si Bolívar viviera

ALVARO TIRADO MEJIA*

Al conmemorar un nuevo aniversario del nacimiento de Simón Bolívar, el mejor homenaje que podemos ofrecerle es recordar su presencia para analizar los acontecimientos del presente con la guía de su pensamiento.

Bolívar nació en Caracas en 1783. Ese mismo año, por medio de la Paz de Versalles, se consagró la independencia de los Estados Unidos. Seis años después, en agosto de 1789, se proclamó la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Bolívar, quien era figura esencial en la liberación del Nuevo Mundo, nacía cuando precisamente moría un viejo orden.

Durante el siglo XVIII Inglaterra comandó la revolución industrial, tecnológica y económica. Francia inició el ciclo de las revoluciones políticas que implicaron la ruptura del orden institucional y social tradicional. Las trece colonias norteamericanas habían comenzado el proceso de descolonización, que sólo terminaría en la época presente tras los acontecimientos derivados de la Segunda Guerra Mundial.

El curso vital de Bolívar, desde su cuna en Caracas hasta su muerte en Santa Marta en 1830, se inscribe en el contexto del Racionalismo y de la Ilustración, de la Revolución Francesa, de las Guerras Napoleónicas que transformaron el mapa europeo, de la Restaura-

* Historiador, profesor universitario, politólogo, exasesor presidencial para la Defensa de los Derechos Humanos.

ción. Es el período en que se inicia el desmoronamiento del mundo colonial en América, primero en el Norte y luego en las regiones de la América española. Es la época en la que las instituciones de la Revolución Francesa, entre ellas el Código Civil, son incorporadas por muchos países europeos y especialmente por las nuevas repúblicas hispanoamericanas. Es el inicio del predominio inglés sobre los mares y es también la época en la que el presidente Monroe propone ante el Congreso de su país la célebre doctrina que lleva su nombre. Con la acción de Bolívar y de todos los libertadores, el régimen republicano por primera vez se impone sobre todo un continente y se inicia la era del constitucionalismo, al adoptarse en las nuevas repúblicas la práctica de las constituciones escritas, para regir la vida de los pueblos.

Bolívar el guerrero, el hombre de la acción, estaba inmerso en la cultura de su tiempo. Luis Perú de Lacroix nos lo recuerda leyendo a Voltaire durante los oficios litúrgicos. Sus estudios sobre Hobbes y Spinoza, lo impresionaron especialmente, según nos cuenta O'Leary. El mismo Bolívar, en carta a Santander comenta, para defenderse de unas apreciaciones desfavorables del viajero francés De Mollien, que recibió instrucción particular de Andrés Bello y de Simón Rodríguez:

se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar. . . y puede ser que Mr. De Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Fillangiere, Lalande, Rousseau, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses.

Pero Bolívar no era un ser libresco. En él las ideas eran un instrumento para la acción, y ésta debía adecuarse a las peculiares condiciones del hombre y del mundo americano. En uno de los mejores ensayos de reflexión que se hayan escrito sobre América, en su célebre Carta de Jamaica, Bolívar sitúa al hombre americano:

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vió nacer, contra la oposición de los

invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado.

De allí su permanente convicción sobre nuestra situación específica en la que el peso de lo ancestral indígena, unido al hecho cultural europeo, debía ser tenido en cuenta para la conformación de las instituciones, y para la inserción de las repúblicas americanas en el contexto internacional.

Bolívar era un revolucionario reformista. El idealista que con su espada contribuyó a una de las transformaciones más notables del mundo moderno, no se empecinaba como gobernante contra la realidad. Aquel hombre que dedicó su vida a luchar por el cambio y por el bienestar de sus conciudadanos, trató siempre de conjurar el espectro de la anarquía. Para él, gobernar era el arte de transformar con pasión, dentro de lo posible. En la Carta de Jamaica lo propuso: "Voy a arriegar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de América; no la mejor, sino la que sea más asequible".

Bolívar y la modernidad

La situación del mundo contemporáneo, quizá más planetaria por la revolución de las comunicaciones, tiene, en la velocidad de los acontecimientos, en las radicales transformaciones y en el apareamiento de nuevas fuerzas decididas a conseguir un mayor protagonismo económico y social, una sorprendente semejanza con la transición de los siglos XVIII a XIX, que fuera el escenario de la vida y obra del Libertador.

Un gran fresco de la modernidad en ese período revolucionario nos muestra que el proceso de secularización nucleaba por acción o reacción, las transformaciones culturales, institucionales y económicas.

En la lucha por el reparto del mundo, por espacios más amplios para la investigación científica y técnica, y por la conformación de nuevos Estados nacionales, este ideal de la secularización imprimía la fuerza social y el vigor teórico necesarios frente a la dimensión de esas grandes empresas.

El intento de conciliar la cultura religiosa con la ciencia y la filosofía positiva y, con la doctrina liberal democrática del Estado, se llamó el modernismo.

Mientras tanto, las feroces resistencias de la tradición y los continuos intentos de restauración, como sucedió con la Santa Alianza y el Carlismo, determinan los hechos principales de la historia posterior a la Revolución Francesa.

Bobbio, con su habitual perspicacia, señala que todo el conjunto de cambios en la esfera política, económica y social de esos dos siglos, se concreta en una crisis sistémica: crisis de penetración, de integración, de identidad, de legitimidad, de participación y de distribución, que siguen siendo los más acuciantes problemas de las postrimerías del siglo XX.

Bolívar entendió que formaba parte del contexto de esa crisis. Dice: "Yo no he podido hacer ni bien, ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo y sería darme una importancia que no merezco".

En su mensaje al Congreso General de Venezuela el 15 de febrero de 1819 expuso:

¿Queréis conocer los autores de los movimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. . . .

Es decir, para el Libertador, los procesos determinantes respondían al "espíritu de la época" y no simplemente a la voluntad de sus actores principales.

Esta sencilla verdad del análisis histórico, debe repetirse aquí, cuando todavía los odios anacrónicos entre santanderistas y bolivarianos, escamotean la interpretación objetiva y convierten la vida y la obra de estos dos grandes hombres en una caricatura histórica, sin medir los costos para nuestra identidad nacional.

Las visiones contemporáneas de Bolívar ejemplifican muy bien los avances y los estancamientos de la crisis de América Latina para ingresar en la modernidad.

Si Bolívar viviera, lo cual es una ficción desde mi condición de historiador, pero una ficción posible desde mi condición de espectador y contemporáneo, comprobaría por una parte, la oportunidad y la sensatez de su proyecto y por la otra la permanencia de los factores que hicieron posible ese proyecto, pero que a la vez conspiraron para debilitarlo.

Su sueño de una América unida, era perfectamente procedente. Sus ideas de Confederación y Congreso suponían la existencia de naciones individuales y simplemente intentaba darles una seguridad colectiva.

Su ideal de la Gran Colombia, dice Lynch, no era una negación de la identidad nacional, sino una afirmación de ella.

El intentaba simplemente establecer el tamaño apropiado de una nación viable:

Si constituimos dos poderes independientes, uno en occidente y otro en oriente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas.

Apenas Venezuela unida con La Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. Y podemos pretender dividirla en dos?

Buscaba la unidad como un medio de potencia nacional y de viabilidad económica.

En primer lugar, la unidad aseguraría la paz y el bienestar como opuestas a la anarquía del dominio de los caudillos locales: en segundo lugar, esa unidad conseguiría un respeto por parte de otras naciones, de Estados Unidos y de Europa.

En opinión de Bolívar, la indiferencia y el desprecio extranjero ante la independencia latinoamericana era una consecuencia de la proliferación de diminutas soberanías.

La balcanización de los Estados Latinoamericanos, ha sido un enorme lastre para el ingreso de América Latina en los beneficios de la modernidad. Nuestros dos siglos de post-independencia han profundizado esta balcanización y ni siquiera el ejemplo de los es-

fuerzos de integración de los países centrales han dinamizado una política semejante para América Latina.

De Bolívar a hoy

En Bolívar, su dramático ejemplo de caudillo militar y de líder democrático, lo movían pendularmente entre la necesidad de un Estado fuerte, unitario y centralista, y, la de un orden institucional que respondiera a las condiciones locales.

Ya entonces, el Libertador avizoraba sobre ese orden institucional los problemas que nos afectan y cuya solución por la vía de la reforma o de la revolución, del consenso o del conflicto violento, está en el orden del día de los países latinoamericanos.

Decía:

Obsérvese que nuestro ya tan abultado código, en vez de conducir a la felicidad ofrece obstáculos a sus progresos. Parecen nuestras leyes hechas al acaso: carecen de conjunto de método, de clasificación y de idioma legal. Son opuestas entre sí, confusas, a veces innecesarias, y aún contrarias a sus fines. . .

El proyecto bolivariano, buscaba hacer viable la democracia en una sociedad cuya tradición y cuyo sometimiento a una de las formas más atrasadas del colonialismo europeo, hacían casi imposible ese proyecto.

Lo que debemos entender, es que, paradójicamente, en las postrimerías del siglo XX, ese objetivo democrático, en el caso de América Latina, tiene las mismas resistencias, en muchas de nuestras fuerzas internas y las mismas o peores dificultades en el contexto internacional.

Carecemos de un núcleo común de significados, valores, creencias y fines en función del cual individuos y grupos pueden realizar opciones. Y ésto pese a nuestras coincidencias en idioma, orígenes y destinos, que se exaltan en los aniversarios y conmemoraciones.

Para Latinoamérica lo común parece ser las inconsistencias en nuestros procesos de socialización, que liga la modernidad y la crisis de los regímenes políticos democráticos.

Muchas veces se ha dicho que las tensiones entre modernización y sustrato católico, en la cultura latinoamericana, han definido parte de las debilidades de nuestros modelos productivos y de nuestra inserción en la democracia.

No es tan exacto, porque entre otras razones, en muy pocos países del mundo desarrollado, la ética puritana del trabajo, desempeña hoy, un papel tan clave en la motivación y el rendimiento individuales. Según Brunner, en todas partes se asiste a un desacoplamiento entre ética y desempeño y cada vez más, el propio mercado condiciona operativamente las conductas y los rendimientos económicos, incluso en los regímenes socialistas. Es más, los nuevos polos de desarrollo mundial como Japón, no responden a esa ética puritana, sino que son producto de otras, que como el sintoísmo o el budismo surgen en oriente.

La ruptura de la unidad alrededor del proyecto de independencia redujo sus alcances. Entonces como ahora, el mínimo de legitimidad, de integración y de consenso, que se había alcanzado con el proyecto político bolivariano, no pudo sostenerse y el autoritarismo reemplazó los postulados democráticos.

De Bolívar a hoy, los polos de la modernidad han cambiado; pero para América Latina siguen estando fuera de su eje.

Bolívar, se asomó con melancolía a esta crisis de nuestra modernidad periférica:

Vuestras deliberaciones van a decidir, si arrepentidas las naciones amigas de habernos reconocido, hayan de borrarlos de entre los pueblos que componen la especie humana.

Sin embargo, es necesario rescatar las especificidades de la modernización en América Latina. Mirarla como un proceso en construcción; en crisis permanente; cuyas imágenes nos vienen de fuera y se vuelven obsoletas antes de que alcancemos a materializarlas, pero que a diferencia de muchas naciones centrales, no es una modernidad agotada. En este propósito, asumir los desafíos culturales y educativos es seguramente, un buen punto de partida.

La juventud, y América es un continente de jóvenes, expresa sin grandes laberintos ideológicos, las claves de esa modernización como un objetivo democrático.

Los hombres de Bolívar y Santander no traspasaban en conjunto, la frontera de los 25 años. Se integraron a la campaña militar y política como soldados de América antes que de Venezuela o de La Nueva Granada. Esto no pudo ser posible sin la fuerza y la convicción de una nueva modernidad contra los fantasmas de la tradición y del autoritarismo.

Nuestra experiencia democrática de fin de siglo, debe estar cruzada por este meridiano: insertarse en la modernidad más que una afirmación de los nacionalismos o de una rabiosa vigencia del pasado, significa construir Estados cuya perfección resulta de producir "mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política", como dijera Bolívar, poseído por un sueño libertario y democrático, lleno de fantasía y realidad.

En las postrimerías del siglo XX, continúan vigentes muchas de las preocupaciones de la época en la que actuó Simón Bolívar. Otros problemas son nuevos para la humanidad. Ya no se trata del Congreso de Viena en el que los príncipes, en medio de pompas, diseñaron un nuevo mapa de Europa y del mundo, sino de la nueva repartición silenciosa en la que el poder que impera es el vigor de la economía. Acaba de morir, por descrédito, el experimento de un socialismo sin libertad. El mundo de dominación bipolar que surgió de los escombros de la Segunda Guerra Mundial, da paso a los bloques. En este escenario, Europa presenta un nuevo rostro de unidad. Allí y en el antiguo Imperio de los Zares, resurge el problema de las nacionalidades. Pareciera que ante la dimensión global producida por los bloques, los ciudadanos, para afirmarse, acudieran a realidades ancestrales más tangibles y trataran de reconocerse en sus propias etnias. En el oriente, Japón y otros países se desarrollan vertiginosamente y China se despierta después de un sueño milenario. En el polo anglosajón de América, se fortifican los vínculos entre Estados Unidos y Canadá, a partir de los acuerdos de libre comercio. Y América Latina, cuando por fin su panorama está libre de dictadores, enfrenta su soledad y padece el retroceso en la presencia mundial, después de experimentar en su economía y en el bienestar de sus pueblos el efecto desastroso de la década perdida. La celebración jubilosa del bicentenario de la Revolución Francesa que corre pareja con los acontecimientos transformadores de Alemania, Europa Central y la Unión Soviética, vuelve a colocar en el centro de las preocupaciones humanas, la importancia de la libertad, de la igualdad y de los derechos del hombre hoy llamados más globalmente, derechos humanos. Por un momento

pareciera que con la distensión se disipa el fantasma del holocausto nuclear; sin embargo, la humanidad con su peculiar y vertiginoso desarrollo está cavando su propia fosa con el deterioro ambiental.

Para América Latina, no se trata de lograr la independencia o de constituir regímenes republicanos como en la época de los combates de Bolívar. El reto es otro. Encontrarse en su identidad para reconocerse frente a otros bloques. Buscar los caminos de la unidad. Preservar el régimen republicano, que hoy es sinónimo de Estado de Derecho, y ampliar la democracia para darle un contenido social. Cuidar y poner en uso sus recursos naturales y jugar en el escenario mundial el papel que le corresponde por su historia, su población, su riqueza y su ubicación. Para lograrlo se necesitan decisión y claridad. Ambas las tuvo Bolívar y ese es su legado. Tener conciencia de la propia identidad, ser soldados permanentes de la unidad y actuar con presteza y decisión.